

## **LAS POESÍAS DE TIZIANO: UN OASIS DE LIBERTAD MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL.**

Carlos Herrero Starkie  
Director IOMR  
Mayo 2021

La exposición en torno a las Poesías de Tiziano en El Prado representa un ejemplo estelar de cómo el arte aflora en su máximo esplendor cuando se dan los espacios de libertad e independencia necesarios para que el genio pueda expandir su creatividad sin los límites morales que rigen las relaciones humanas en el mundo real. Algo esencial para comprender el significado de una obra de arte el cual, a pesar de ciertas carencias, queda perfectamente señalado a lo largo de la exhibición. En este sentido no podemos más que congratularnos el que una institución como El Prado priorice desde hace tiempo la formulación de escenarios artísticos coherentes con su colección, para el puro disfrute y deleite del espectador, frente a la tendencia muy actual de elegir contenidos conceptualmente acordes con los valores de hoy en día considerados como socialmente correctos.

La evolución de las artes plásticas ha progresado a lo largo de la historia por haber sabido la sociedad valorar en un momento determinado la independencia del artista en la elección y tratamiento de los temas representados, a pesar de que puedan ser interpretados como auténticos actos de provocación no exentos de polémica por ir en contra de las convenciones técnicas y la moral social dominante. El espectador culto que visualiza la obra con el enriquecimiento que aporta la historia del arte o el que de forma inmediata se siente atrapado por su belleza atemporal, ambos trascienden el mundo de lo real, para adentrarse en lo imaginario donde no caben prejuicios y solo impera el orden creado por el genio artístico. Toda obra maestra es el resultado de un acto de inspiración en virtud del cual su creador sincroniza el proceso íntimo del nacimiento de un concepto o idea con la destreza de su plasmación en el lienzo, un acto que, para ser genial, debe ser eminentemente libre ; sin duda este ejercicio de la libertad del artista, se ha dado más en unos géneros y unos periodos históricos que en otros, teniéndose que adaptar el artista en muchos casos al decoro, el gusto y la moral de cada época para sobrevivir. Pero si hay algo que distingue al genio del resto de los mortales es su independencia de criterio, un valor indispensable para crear nuevas soluciones estéticas, nuevos tratamientos pictóricos, que se desvíen de lo convencional, aún en géneros tan poco dados a la innovación como es el retrato, la pintura religiosa o la de carácter historicista.

La pintura de temática mitológica hoy expuesta en el Prado, cuyo origen en su forma más sensual la encontramos en las poesías de Tiziano, representa un auténtico oasis de libertad artística en un mundo muy encorsetado por principios, modelos, cánones y tradiciones que dominaban tanto el ámbito de la vida real como el pictórico. Un tipo de pintura que, por relatar las pasiones más humanas de los dioses griegos, propicia de forma muy especial la eclosión de esa libertad creativa propia del genio que solo podía explayarse sin restricciones en una obra creada para los aposentos privados o pabellones de caza de los reyes. En este sentido no deja de sorprendernos que en un ámbito cultural tan teocéntrico como el de la Monarquía hispánica de los Habsburgo pudiera surgir un arte con características tan rompedoras, lo cual dice mucho en favor del nivel de sensibilidad artística de estos reyes mecenas a los que habría rendir un homenaje por haber sabido

discernir el lado puramente artístico de estas obras, sin entrar en un juicio de valor de las historias que representaban, separando el lado público de lo privado.

Una lección en toda regla para el mundo actual, tan proclive a promover actos encaminados a subrayar la nueva moral imperante hoy en día, dejando poco espacio para aquellas expresiones artísticas que propicien pensamientos contrarios, incluso cuando éstas sean producto de un ambiente sociocultural distinto. Ejemplo de esta falta de tolerancia artística es el punto de crítica que surge en ocasiones cuando el arte trata algo tan natural e inherente al Hombre como el amor carnal y de cómo la belleza de la juventud es objeto deseo; un contenido que aparece de forma continua en esta exposición y que por fortuna, no ha sido objeto de crítica alguna, seguramente por el respeto que merecen la entidad de los artistas representados. Los visitantes que contemplan las obras, al verse inmersos en un mundo imaginario, se encuentran de buenas a primeras fascinados de forma natural por unas imágenes que representan actos de los más provocadores, aceptándolos como normales, al experimentar esa ilusión de realidad de carácter mágico que aporta el Arte, aún cuando la mayoría de ellos los hubieran denostado en el mundo real ; incluso algunos podrían verse sorprendidos por una íntima e irrefrenable atracción, por demás excusable por desvelarse ante un arte con mayúsculas que abre el camino a la tolerancia y a un mundo con sus propias normas que evoluciona de forma paralela al real, por la asimilación, el rechazo y la superación de sus propias reglas, a fin de recrear nuevos escenarios que susciten sensaciones estéticas en el espectador.

Desde la Grecia antigua y muy especialmente en el Renacimiento, cuando el arte se centró en el Hombre, el erotismo ha sido, aunque de forma más o menos encubierta, uno de los principales leitmotivs del arte. En este sentido las pasiones expresadas en estas obras están íntimamente unidas a la falta de racionalidad de los estímulos que anidan en el Hombre cuando se siente atenazado por el amor, un amor representado en su forma más carnal. Unas pasiones descritas en virtud de un arte pictórico que invita a través de la composición, la forma, el trazo y el color, a experimentar sensaciones, a evocar ambientes, a sentir los estados anímicos de estos dioses; un arte dominado por la correspondencia que sabe el pintor sugerir entre el tacto de lo corpóreo y la imagen humana en su más íntima relación con el deseo, una constante que palpita como algo vivo en cada una de estas obras y que obsesiona al genio, quien, cual hechicero, dota de espíritu propio a las formas.

Las Poesías de Tiziano marcan un punto de inflexión en la historia del arte de la pintura, en la medida en que por primera vez describen las aventuras mitológicas de los dioses de una forma absolutamente humana. Tratan de los diferentes estados de ánimo por los que pasa el hombre cuando se ve dominado por el amor. Los celos, la sensación de pérdida del ser amado, el enamoramiento, el impulso sexual, el estado desvarío que produce el amor, un amor carnal en las antípodas del amor platónico. Nunca se había tratado con semejante libertad los sentimientos humanos, tanto en la elección de un lenguaje alegórico destinado a representar las pasiones bajo el velo de una historia mitológica libremente seleccionada por el pintor, como en la forma de su ejecución pictórica, no siendo casual esta conjunción, porque en el respeto de su autonomía como artista encuentra el genio el mejor caldo de cultivo para inspirarse.

Llegado a este punto, me permito señalar alguna de las lagunas de esta exposición, como la falta de una homogeneidad en la selección de ciertas obras que acompañan a las poesías de Tiziano, muy en especial las de la escuela francesa, en la medida en que no las veo

acordes con el espíritu de esta serie artística, de carácter sensual, íntimamente relacionado con las contradictorios sentimientos que la visualización de la belleza del cuerpo humano suscita, lo que resta claridad al mensaje e impacto en el espectador. El inicio del recorrido no está exento de provocación y sirve bien para introducir el planteamiento, aunque a mi entender hubiera mejorado notablemente si se hubiese sustituido la venus de Allori, de menor valor artístico, por alguna obra de Rubens de formato vertical, " las tres Gracias " o "el Ganímedes" por ejemplo. La introducción hubiese así ganado en inmediatez y contado con una obra emblemática de Rubens, el claro alter ego de Tiziano, a lo largo de todo el recorrido expositivo. Sin embargo me pareció muy acertada la posición de la Venus de Cnido en el centro de la primera sala, en reconocimiento al origen clásico de las fuentes artísticas de Tiziano y del propio relato mitológico, así como la confrontación de la Venus reclinada de Tiziano del Prado y el Cupido besando a Venus, copia de un original de Miguel Ángel, en la medida que ambas muestran, por un lado el espíritu sensual propio del discurso mostrado y, por otro, la confrontación de las dos directrices artísticas maestras que dominaron el "Cinquecento": la veneciana en la que prima "il colore" sobre "il disegno" y la romana en la que prevalece la línea sobre el color; la pintura atmosférica frente a la escultórica, toda una encrucijada que anuncia el despertar de la modernidad.

Dentro de este elenco de Obras Maestras sobresalen de forma especial el corpus de Tiziano y el de Rubens sobre resto de pinturas que actúan como meras comparsas en su línea discursiva, echándose en falta de forma llamativa, al punto de ser la gran ausente, "la Venus del Espejo" de Velázquez que, por derecho propio, hubiera debido ocupar el lugar de las "Hilanderas", de inigualable belleza, pero cuya conexión con el núcleo del relato considero un tanto forzada, sino fuese porque representa una pasión, la venganza, en el mito de "Aracne". Imagínesen ustedes la impresión que hubiera causado la Venus del espejo, ocupando el eje central de la sala, flanqueada por las Poesías de Tiziano. Una Venus de indudable acento veneciano que glosa el narcisismo, el estado de tranquilo embelesamiento de la mujer con su propio rostro y que muestra la belleza fría e inalcanzable del cuerpo de la mujer en posición de reposo. Velázquez hubiese participado entonces en igualdad de condiciones en esta pugna de titanes por la representación pictórica de la belleza de la figura humana, aportando su único desnudo y El Prado hubiera culminado una visión comparativa sin igual de los tres pintores que conforman el vértice más revolucionario de la Historia de la Pintura, aquel que crean Tiziano, Rubens y Velázquez como precursores de Goya, Delacroix y los impresionistas. Un sesgo que configura la cima de la pintura figurativa donde se alcanza esa mágica interacción entre lo natural y la ilusión de realidad en el espacio pictórico, a fin de expresar aquello que no se ve, los estados anímicos humanos con los que se identifica el espectador.

El sentimiento de entrega total y de éxtasis en el placer, tan presente en la representación de la "Danae" de Tiziano, pintada con una extrema delicadeza, en una sensual postura de cuidada languidez. El temor a la pérdida del ser amado en la "Venus y Adonis" cuyo drama Tiziano magnifica creando una de sus composiciones más dinámicas. El sentimiento de pudor que siente Diana al ser descubierta desnuda por Acteón, y de traición a la par que de venganza que expresa Venus hacia Calixto, su ninfa favorita; ambas escenas de Tiziano que, por su similar dicción forman una perfecta pareja, configuran uno de los conjunto artísticos más bellos de la historia de la pintura, por su perfecta composición que encuadra una sinfonía de colores y formas, de lo más evocadora, donde el tono "greige" del paisaje arquitectónico literalmente se funde con el azul ultramarino del cielo, creando el mejor de los escenarios en el que campan con exquisita delicadeza y

naturalidad los cuerpos de las ninfas, agrupados en viva e íntima cercanía con sugerentes connotaciones táctiles y olfativas y del que surge con intencionada monumentalidad el bello Acteón, felizmente realizado por un cortinaje de tono rosa - asalmonado que corta abruptamente la escena, a fin de caracterizar el efecto sorpresivo inherente al mito. El enamoramiento, como aquel estado anímico de atolondramiento tan bien descrito por Tiziano en la mirada de Zeus transformado en toro en "el rapto de Europa", copiado por Rubens y recreado por Velázquez en el segundo plano de las "Hilanderas", el cual muestra la maestría de genio veneciano en la superposición de transparencias de color, ejecutadas con la técnica extremadamente libre de su última época que le permite configurar una composición en diagonal de ilimitada profundidad, en la que se funde el mar con las nubes bajo una luz centelleante, dotando a la escena de esa sensación de movimiento aéreo que precisa la historia de este mito y la evocación del sentimiento del amor desbocado. En todas estas obras Tiziano explora su técnica más audaz, cada vez más moderna, de priorizar el color a la línea, la prevalencia de la sensación visual sobre la realidad material, con pinceladas cada vez más sueltas y expresivas, para recrearnos la ilusión del tacto sobre terciopelo bermellón o de la suave tez anacarada de sus venus en contraste con la rugosidad de la piel ocre de los sátiros. En toda su obra se siente una dulzura especial, una brisa suave, un equilibrio todavía renacentista que tarda en desvanecerse, un movimiento "alegre ma non troppo", una belleza todavía reminiscente de los cánones clásicos; en Tiziano no hay excesos si no ponderación, si bien ya se adivina el cambio de ritmo.

Todo lo contrario que en Rubens donde el movimiento es el eje principal que domina toda su pintura, mostrándose, tanto en el dinamismo de la composición, como en la energía de su forma de pintar, con pinceladas muy matéricas. Rubens representa la exuberancia de las formas, el despilfarro de los recursos pictóricos, la alegría de la vida, la fuerza titánica, el barroco en su esplendor. El pequeño cuadro que representa "la danza de los aldeanos y personajes mitológicos" sobresale por la intensidad de su movimiento circular, creando una sensación de vértigo propio del estado de embriaguez y del deseo sexual de sus protagonistas que se dejan llevar con frenesí por el ritmo de la música. "Las tres gracias" del Prado, obra cumbre entre sus Obras Maestras, nos muestra como Rubens opta en este caso por un movimiento delicado, acompasado, alegre pero no intenso, para representarnos el cuerpo femenino en todas sus vertientes, esmerándose en el tratamiento grandioso de la piel, auténtica piedra angular de su visión artística de la mujer, en virtud de la cual, mediante el juego de la luz, consigue recrear la opulencia de sus originalísimas encarnaciones que dotan de una sinuosa corporeidad al cuerpo femenino, convertido por el artista en el estereotipo de la belleza nórdica.

Recorrer un escenario como el que nos ofrece hoy El Prado, cuajado de Obras Maestras de la pintura occidental que recrean algo tan íntimo y consustancial al ser humano como la sensación de desvarío que siente en su relación amorosa, representa una oportunidad única e ideal para evadirnos del hastío que nos invade al estar inmersos en un mundo tan deshumanizado como el actual, una forma de trascender a la monotonía cotidiana, de soslayar el martilleo continuo de la modernidad, de elevar nuestros pensamientos e incluso de sublimar nuestros estímulos internos más secretos, en definitiva, una manera de purificarnos; solo tenemos que dejarnos transportar al universo de lo imaginario, a ese paraíso donde no cabe el sentido del bien y el mal, participar en ese "Voyage à cythère" tan bien descrito por Watteau, cayendo en el hechizo del Arte, el mundo de la ilusión, aquel que nos deleita con sus formas y colores, que nos provoca sensaciones para liberarnos por un instante de las ataduras de lo convencional, un instante sí, solo un

instante, pero un instante que permanece indeleble en el recuerdo, que nos enriquece y nos hace la vida más llevadera.